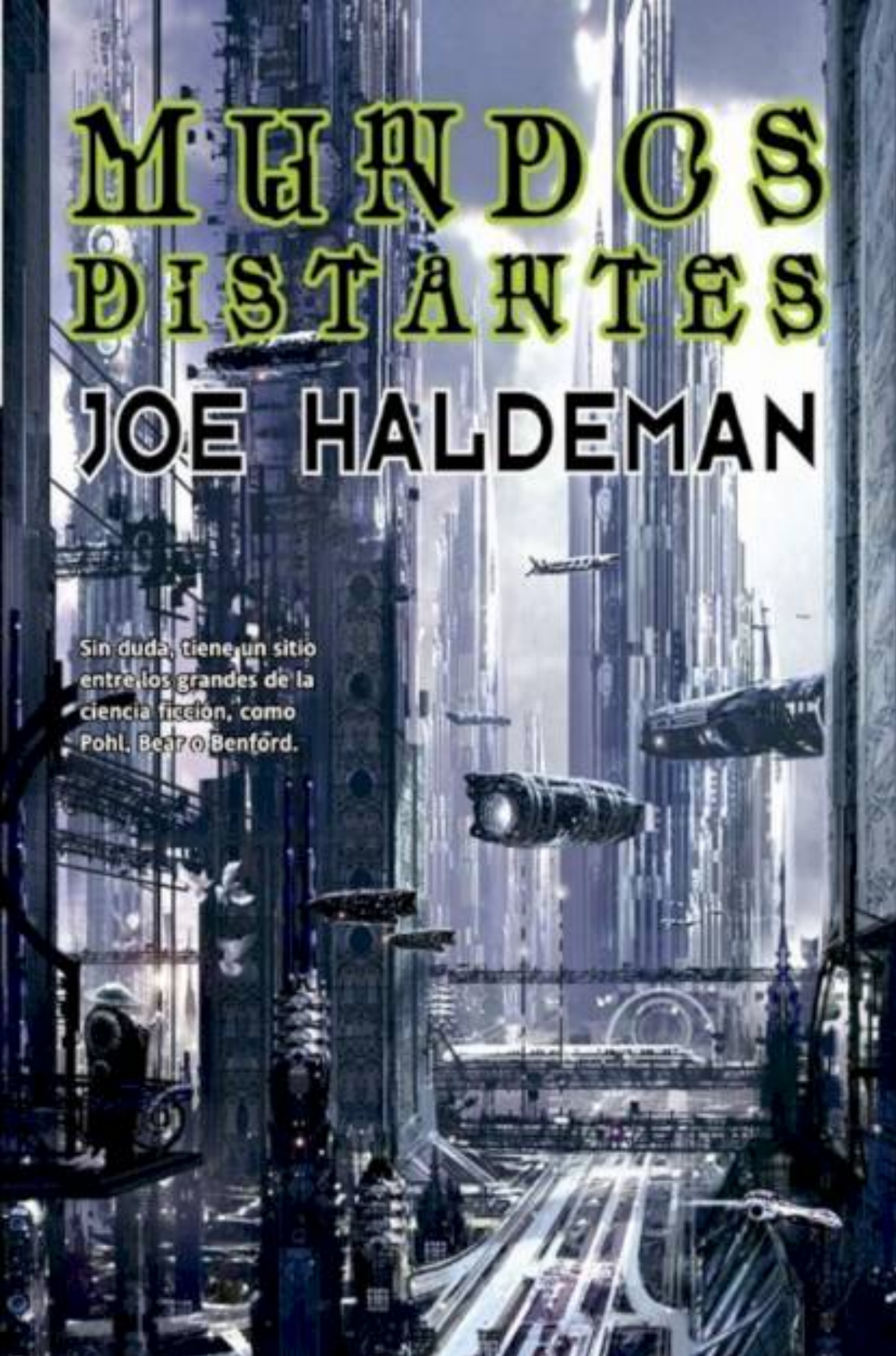


MUNDOS DISTANTES

JOE HALDEMAN

Sin duda, tiene un sitio
entre los grandes de la
ciencia ficción, como
Pohl, Bear & Benford.



Para los habitantes de los Mundos —las colonias artificiales describiendo órbitas silenciosamente a través del espacio— la Tierra está acabada.

Destruída por la guerra nuclear y devastada después por los horribles efectos de las armas biológicas, el planeta madre está deshecho. El hogar de la humanidad está a punto de desaparecer para siempre.

Pero la Tierra no soltará sus amarras tan fácilmente. Y para Marianne O'Hara todavía queda trabajo por hacer en las espantosas ruinas del planeta herido antes que pueda, por fin, mirar arriba, hacia las estrellas.

Dedico este libro a Rhysling y Joe-Jim, a
Harriman y Harshaw, a Lorenzo y Lazarus,
a la Amenaza de la Tierra y nuestra ayudante
de los viernes (Luna nueva), y a todos los
zombis que siguen viviendo tan a gusto en
este planeta

lástima que este atareado monstruo, la cruel hu-
 manidad,
 no. El progreso es una enfermedad cómoda:
 vuestra víctima (la vida y la muerte inmutables y
 sin
 novedad)
 juega con la grandeza de su pequeñez
 —los electrones divinizan a una cuchilladeafeitar
 como a una cadenamontañosas; las lupas aumentan
 lo indesear a través de la curva del dóndecuándo
 hasta que lo
 indesear
 vuelve a sí mismo.

Un mundo de fabricado
 no es un mundo de nacido —lástima de la pobre
 carne
 y los árboles, pobres estrellas y piedras, pero ja-
 más este
 refinado espécimen de hipermágica
 ultraonmipotencia. Nosotros los doctores cono-
 cemos
 un caso sin esperanza si —escucha: hay un in-
 fierno
 de buen universo a la vuelta de la esquina; vamos
 allá

—E. E. Cummings

Prólogo

Aquella había sido la tercera o la cuarta guerra mundial, dependiendo de quién las contara, aunque en realidad ya nadie se dedicaba a contar. Era simplemente «la guerra»: 16 de marzo de 2085, el día en el que había muerto una tercera parte de la población mundial.

La mayoría de los supervivientes no tenían ni idea de por qué había estallado. Una avería en unos sistemas anticuados. Una serie de malentendidos. Una racha de mala suerte que había terminado con un loco al mando del control total de los sistemas en uno de los bandos.

Los mecanismos automáticos de defensa habían funcionado bastante bien: ni siquiera una de cada veinte cabezas de misiles había acertado en el blanco. Así que todavía quedaban millones de personas vivas, preguntándose qué hacer, mientras las cenizas radioactivas se iban posando y los agentes biológicos se esparcían sigilosamente. Algunos sospechaban que lo peor estaba todavía por llegar, y tenían razón.

Aquello era casi el fin del mundo, pero no el fin de la civilización. Los Mundos aún estaban en pie, o lo que quedaba de ellos: una colección de satélites de diversos tamaños que giraban alrededor de la Tierra con una población de un cuarto de millón de habitantes que no tenían que preocuparse por la lluvia radioactiva ni la guerra biológica. Casi todos esos Mundos habían sido destruidos el mismo día de la guerra, pero el más grande de todos se había librado. Y allí era donde vivía la mayor parte de la gente: en Nueva Nueva York.

Año uno

1

Marianne O'Hara estaba con el último grupo de personas cuyas lanzaderas despegaron de la Tierra justo antes de que un impacto convirtiera el Cabo en una ensenada radioactiva. Había nacido en Nueva Nueva York y había viajado a la Tierra para hacer un curso de posgrado con una beca del Consejo Académico.

Los seis meses transcurridos en la Tierra fueron ajetreados y cruciales para ella. Su interés por la política terrícola la había llevado a unirse a un grupo políticamente activo que, al final, había resultado ser la tapadera de un partido revolucionario violento. El único amigo que tenía en ese grupo, un joven que también se había unido a él movido por la curiosidad, había sido asesinado. A ella misma la habían apuñalado después de intentar violarla. Había dado la vuelta al mundo y había sufrido una crisis nerviosa. Y al final, el hombre al que amaba le había salvado la vida; la había llevado al Cabo justo a tiempo para abandonar la Tierra, pero las lanzaderas obedecían un estricto sistema de cupos: nada de marmotas, y se había visto obligada a abandonarlo. Ambos se habían consolado con la mentira de que él la seguiría en cuanto el problema se hubiera solu-

cionado. Sólo que para entonces ya caían las cabezas de los misiles.

Ella sabía que era una de las pocas personas con suerte que se iban a salvar, pero en el momento de aterrizar en Nueva Nueva todavía seguía paralizada y entumecida por la conmoción y el pesar. La esperaban dos hombres que la amaban. Apenas podía recordar sus nombres.

La vida en Nueva Nueva durante las semanas posteriores a la guerra era demasiado agitada como para reflexionar. Era necesario dar cobijo a los supervivientes de dos docenas de Mundos, y de algún modo había que darles de comer a todos a pesar de que más de la mitad de los módulos dedicados a la agricultura habían resultado dañados o destruidos. Los misiles no habían podido agujerear la roca sólida de Nueva Nueva, pero sí habían destrozado las estructuras externas. Se las apañaron reduciendo las raciones y recurriendo a la comida almacenada, que por otra parte tampoco iba a durar. Había que reparar y reconstruir los módulos, sembrar cosechas nuevas y dar de comer a los animales. Y cuanto antes. Así que toda persona físicamente capaz tuvo que trabajar.

O'Hara era joven y estaba muy bien preparada; había terminado su primer doctorado a los veinte años. Sin embargo, ninguno de sus estudios prácticos podía ser de utilidad. Al igual que el resto de los jóvenes de Nueva Nueva, había realizado faenas de agricultura y construcción dos días a la semana desde los doce años, pero, dado que sus intereses apuntaban claramente en otra dirección, aquellas tareas se habían limitado a dar de comer a los cerdos y a pintar. Las labores más sofisticadas se reservaban para aquellos que de verdad requerían esa práctica. No obstante, su primera ocupación nada más llegar tenía que ver con la ganadería: recoger esperma de cabra.

Sabían cómo forzar el celo de las cabras hembra y no querían dejarlo al antojo de la naturaleza. Así que mandaban a O'Hara a los establos con el aparato de succión a comprobar los números de identificación de los machos cabríos hasta dar con el seleccionado por el ordenador para una determinada hembra. Como era de esperar, los machos no se mostraban muy entusiastas a la hora de mantener una relación sexual con una hembra de otra especie, así que O'Hara acababa pisoteada, golpeada y rociada de esperma. Al menos la faena le impedía pensar en sus problemas. No obstante, tras una semana con un recuento bajo de esperma, decidieron darle el trabajo a una persona más corpulenta.

Pidió un empleo en la construcción. Le sorprendió un poco que se lo concedieran. Había pasado muchas horas jugando en gravedad cero, solo que siempre en el interior. Jamás se había puesto un traje espacial y menos todavía para trabajar. Estaba ansiosa por probar una experiencia nueva, aunque la idea de salir a trabajar al vacío le produjera cierta aprensión.

Y todavía le producía más aprensión cuando terminó el entrenamiento, que consistió en un día dentro y otro fuera. Prácticamente no se trataba más que de aprender qué hacer en caso de emergencia: «Si oyes este pitido, es un aviso de erupción solar. No te dejes llevar por el pánico. Cuentas con ocho minutos para llegar hasta una cámara de radiación. Si oyes este otro pitido, se trata de la presión del aire de tu traje, que está descendiendo. No te dejes llevar por el pánico. Cuentas con un mínimo de dos minutos para llegar hasta la cápsula de primeros auxilios más cercana. A menos que además te estés quedando helada, lo cual significa que tu traje se ha rasgado. Ante todo, no te dejes llevar por el pánico. Pídele a tu colega que busque el roto y le pegue un parche. No te alejes nunca en exceso de tu colega. Supuestamente tu colega no se dejará llevar tampoco por el pánico». O'Hara y otras treinta personas más practi-

caron lo del parche y lo de no dejarse llevar por el pánico, y después los inscribieron a todos en una lista laboral y los lanzaron sin más ceremonias a la cámara de descompresión.

Dado que no tenía ninguna especialidad en particular dentro del campo de la construcción, la labor de O'Hara consistió fundamentalmente en traer y llevar material. Aunque pareciera sencillo, requería de cierto grado de delicadeza e inteligencia.

Para manejarse con un traje espacial es necesario una pistola de oxígeno. El oxígeno es el único gas del que siempre hay excedente en los Mundos. No se trata más que de una boquilla dirigible conectada a una bombona de oxígeno comprimido: apuntas en una dirección, aprietas y mantienes el gatillo, y sales disparado aproximadamente en el sentido contrario al que apuntas. Aproximadamente.

Supongamos que a O'Hara y a su colega les hacían un pedido, digamos, de cierta viga de tales y cuales características específicas. Primero tenían que localizar dicha viga en el mapa y después, con mucha precaución sobre todo al principio, llegar hasta el lugar concreto en el que estaban apiladas. Los materiales se guardaban amontonados en pilas sueltas que se iban desordenando a medida que transcurrían los días. Una vez encontraban la viga comenzaba la diversión.

Una viga no pesa nada en absoluto en estado de caída libre, pero moverla no consiste simplemente en echársela al hombro y ¡alehop, vamos allá! Una tonelada de viga sigue imponiendo su tonelada de inercia incluso en estado de caída libre. Cuesta ponerla en marcha. Es difícil dirigirla en la dirección correcta. Y cuesta todavía más adivinar cuál es exactamente la dirección correcta. Porque cuando un objeto está en órbita no se puede alterar su velocidad sin alterar además su trayectoria, aunque solo sea mínimamente. Así que hay que apuntar hacia arriba, hacia abajo o hacia un lado, depende de la dirección a la que queremos ir.

O'Hara y su compañero tenían que forcejear con la viga para orientarla en la dirección que creían correcta, esperar, agarrados cada uno a un extremo con un imán en cada uno de los guantes y de las botas, y, por último, salir volando con ella. La viga navegaba por el espacio de camino a su objetivo, y entonces ambos tenían que valerse de la pistola de oxígeno para corregir la dirección en caso necesario y aminorar la velocidad hasta que, con suerte, conseguían parar justo en el lugar requerido. A veces lograban dar con el sitio exacto con suavidad; otras se pasaban de largo y tenían que maniobrar para volver. El trabajo era agotador tanto física como mentalmente, pero eso era justo lo que a ella le hacía falta.

2

O'Hara entró dando tumbos en la habitación que compartía con Daniel Anderson y se dejó caer sobre la cama. Se quedó por un momento mirando al suelo, encorvada de puro agotamiento y puede que también de tristeza. Ahucó las almohadas y encendió el videocubo con la intención de poner la novela que estaba leyendo. Pero estaban emitiendo una representación de danza moderna muy interesante que no había visto, así que se recostó sobre los cojines y dejó que el espectáculo la entretuviera.

Minutos después entró Anderson.

—¿Llegas antes hoy? —preguntó ella.

—Tengo que volver después —contestó él, que dejó una bolsa sobre la cómoda y se estiró—. Hemos empezado a hacer unas pruebas de cromatografía y no puedo hacer nada hasta que no esté todo listo. Me sobran un par de horas. ¿Has cenado ya?

—No tengo hambre.

O'Hara apagó el videocubo.

—Deberías comer algo.

—Sí, ya lo sé.

O'Hara se recostó en posición horizontal, enlazó las manos por debajo de la cabeza y se quedó mirando al techo.

—¿Has tenido un mal día?

—No, como siempre —contestó ella, que de pronto soltó una carcajada—. ¿Sabes qué es lo que he cogido?

—¿Es contagioso?

—He cogido envidia del pene. Un caso tardío de envidia del pene.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Tú jamás estudiaste psicología.

Daniel se encogió de hombros antes de contestar:

—La psicología de la pizarra bituminosa está perfectamente definida. Es una sustancia muy estable. Puedes hablar de ella todo lo que quieras, que le da igual.

—Freud creía que las niñas tenían envidia del pene. Decía que veían a los niños hacer pis en la dirección que les venía en gana y se daban cuenta de que jamás podrían hacerlo, y por eso se sentían incompletas.

—¿Lo dices en serio?

—En parte sí, te lo juro. Aunque no es envidia en el sentido freudiano —contestó O'Hara, que se peinó la melena corta pelirroja con los dedos—. ¿Has intentado alguna vez hacer algo difícil con un pañal mojado colgando?

Daniel se sentó en la cama y colocó una mano sobre la cadera de ella con un gesto neutral.

—Supongo que aprender a andar es bastante difícil. No recuerdo nada antes de eso.

—He intentado mear al estilo catéter con el traje espacial, pero no lo he conseguido. Ha sido... horrible.

—Muchas mujeres son incapaces de usar ese tubo —asintió Daniel, que había nacido en la Tierra y había pasado muchas horas con un traje espacial.

—Así que me he puesto un pañal. Se ha mojado, claro. Se moja en cuanto llevas un rato fuera.

—No es nada de lo que debas avergonzarte.

—¿Y quién se avergüenza? Lo que pasa es que no me deja concentrarme, me resulta incómodo. Me está saliendo un sarpullido. Quiero un pene y una manguera aunque sólo sea para ir a trabajar.

Daniel se echó a reír.

—Las mangueras no son tan magníficas como tú te crees. O te quedas helado, o te llevas un susto y la repliegas con la sensación de que todavía te queda algo por descargar. Y luego te llevas una sorpresa desagradable cuando se te inunda la bota.

—¿En serio? —preguntó ella pensativa—. ¿Y qué hay de las erecciones?

—Cualquiera que tenga una erección con un traje espacial es que está mal de la cabeza.

Los dos se echaron a reír y entonces él comenzó a mover muy despacio la mano. Ella lo detuvo.

—Aún no —dijo O'Hara en voz baja.

—No importa.

Habían sido amantes antes de que ella se marchara a la Tierra y planeaban casarse en cuanto volviera.

Daniel se puso en pie a toda prisa, se acercó a la cómoda y comenzó a peinarse. Apenas fueron dos pasos: la cama ocupaba la mayor parte de la estancia.

—¿Quieres que busque otro sitio para dormir hasta que me encuentre mejor? —preguntó ella.

—Desde luego que no. Hacía más de veinte años que no tenía sueños tan interesantes.

—No, en serio. Me siento tan...

El reflejo de Daniel en el espejo se quedó mirándola.

—A mí me resulta mucho más fácil convivir con tu dolor que a ti. Y quiero ser yo quien esté contigo cuando estés mejor.

—No me refería a mudarme a vivir con otra persona, sino a dormir en una de las reñidas literas de la residencia del laboratorio.

—Sí, y en cuanto descubrieran que estoy solo me asignarían un hueco allí a mí también. Con lo abarrotado que está todo ahora, puede que tardáramos años en conseguir otra habitación para dos.

O'Hara se giró de cara a la pared y contestó:

—Vaya, me alegro de poder ser de alguna utilidad.

Daniel abrió la boca para decir algo, pero inmediatamente la cerró y dejó el peine en el tocador sin hacer ruido.

—Bueno, voy a ir a picar algo con John. ¿Quieres venir con nosotros?

—¡Ah!, pues... —dijo O'Hara. Inmediatamente se irguió, se sentó y se restregó la cara con fuerza con ambas manos—. Puede que sí. A ver qué se les ocurre hacer ahora con el arroz —añadió ella. Se puso en pie, se acercó a Daniel, que estaba de espaldas, lo abrazó y se dejó caer sobre él—. Lo siento.

Él se giró en brazos de ella, la besó profundamente y la soltó.

—Vamos, se ha hecho un poco tarde.

Nueva Nueva, como todos los Mundos, obtenía artificialmente su propia gravedad a fuerza de girar. No había ninguna gravedad a lo largo del eje de rotación; cuanto más te alejabas de él, sin embargo, mayor era la fuerza de atracción. La mayoría de la gente vivía y trabajaba cerca del nivel gravitacional de una g , donde estaban los parques y las tiendas.

En los niveles de baja gravedad se habían instalado laboratorios, fábricas pequeñas e incluso algunos alojamientos, y esa era precisamente la razón por la que John Ogelby había viajado allí. Era jorobado de nacimiento y la curvatura de su espalda había supuesto siempre para él una

elección entre los analgésicos y el eterno sufrimiento. Había llegado a ser un experto en un tema muy concreto de ingeniería, la resistencia de los materiales, y eso le había permitido emigrar de la Tierra a los Mundos y encontrar fácilmente un puesto de trabajo en un laboratorio situado a baja gravedad en el que su espalda ya no suponía ningún problema.

John era amigo íntimo de O'Hara. Había sido él quien le había presentado a Dan. Ella y Dan subían con frecuencia a verlo al nivel gravitacional de un cuarto de g donde vivía y trabajaba, y los tres solían ir juntos a la taberna La Cabeza Alegre, que en ese momento servía de albergue provisional, aprovechando que en ese nivel apenas había colas para comer. Poca gente lograba acostumbrarse a digerir nada a baja gravedad. Incluso una simple taza de café podía sentarte realmente mal.

La Cabeza Alegre era el único autoservicio de toda Nueva Nueva cuyas paredes estaban revestidas de madera. Algún filántropo debía de haber mandado el material desde la Tierra como muestra de agradecimiento hacia el hospital situado a baja gravedad que le había salvado la vida. No cabe duda de que la gente habría apreciado más unas cuantas cajas de whisky escocés: para los que habían nacido y vivido rodeados de acero, la caoba filipina resultaba antinatural e incluso siniestra. Y tampoco es que las planchas de madera lograran dar el toque hogareño que los nacidos en la Tierra tanto apreciaban, ya que iban sujetas a la pared con tornillos en exceso llamativos.

Ogelby estaba sentado en una mesa cuando la pareja entró. Los saludó con un movimiento de la mano un tanto lánguido.

Para cenar había un arroz cubierto de una salsa gris con unas cuantas moléculas de queso y una cucharada de judías blancas ya bastante pasadas. El vaso de vino en cambio era generoso: se racionaban las proteínas, pero había tinajas y tinajas de alcohol.

—¿Habéis oído lo de la Tierra? —preguntó John en cuanto los otros dos se sentaron.

—¿El qué? Nada bueno, supongo —dijo Daniel.

—Hay una plaga. No es broma. Ni tampoco es un malentendido —respondió John, que pinchó una judía y se la comió sin muchas ganas—. Ha empezado primero por Europa del Este y luego por Rusia. La Unión Socialista Suprema ha acusado a los Estados Unidos de lanzar y extender un agente biológico. Pero resulta que en América también ha aparecido.

—¿De qué tipo de plaga se trata? —se interesó O'Hara.

—Es difícil de saber. Retransmitían las noticias en un polaco muy coloquial y casi histérico, y además solo habían podido recabar algo de información por aquí y otro poco por allá. Afecta al cerebro, es mortal y parece ser que está muy extendido. Han estado intentando contactar con alguien de los Estados Unidos o al menos interceptar alguna noticia, pero hoy en día las comunicaciones en la Tierra son casi inexistentes.

Dan miró el reloj y comentó:

—Bueno, faltan diez minutos para Jules Hammond. Será mejor que terminemos de cenar.

Se dirigieron a la biblioteca situada en el nivel de baja gravedad, pero estaba tan llena que tuvieron que quedarse de pie al fondo. Dan ayudó a John a subirse a una mesa para ver el videocubo. La pantalla estaba en blanco excepto por el reloj que daba la hora. A las 21.00 en punto el cubo se iluminó con los serios, exagerados y paternales rasgos del rostro de Jules Hammond.

—Hoy es 5 de mayo de 2085. A estas alturas todos ustedes conocen el rumor acerca de una plaga en la Tierra —dijo Jules, que hizo una pausa—. Es cierto. De lo que todavía no estamos seguros es de hasta qué punto está extendida esa epidemia. Puede que afecte a todo el planeta. No hemos conseguido ponernos en contacto con los Estados